

LUIS MALDONADO

DISCURSO

LEIDO ANTE

SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO Y D.^a VICTORIA EUGENIA

EN EL ACTO SOLEMNE CELEBRADO CON OCASIÓN

DEL DOCTORAMIENTO «HONORIS CAUSA»

DE

SANTA TERESA DE JESUS

POR LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

EL DIA 6 DE OCTUBRE DE 1922



SALAMANCA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE CALATRAVA

a cargo de Manuel P. Criado

1923



SEÑOR:

CUANDO V. M. visitó esta ciudad por vez primera, frisaba en los albores de la juventud, y ya se mostraba a los ojos del mundo, gravemente onerado por la pesadumbre de las atenciones del Reino. Las cuales, en hombros de un adolescente, sugerían una representación inversa de las leyendas de Cristóforo—el gigante que transporta al Niño Dios—y de Atlante, el titán que sostiene un mundo niño, el mundo amaneciente y nebuloso de los mitos.

La imagen provocada entonces por V. M., era la de un niño soportando un gigante y atravesando un río caudaloso.

Aquellas circunstancias extraordinarias daban a Vuestra misión proporciones de una construcción legendaria y a vuestros actos—solemnemente entonados por la situación de España—prestaban un carácter verdaderamente patético.

Venáis solo, Señor, requerido, en nombre de la provincia, por quien tiene el honor de dirigiros la palabra.

Hoy traéis a vuestro lado la esposa augusta que apoya su brazo en vuestro hombro; en ese hombro que sostiene el peso del Estado; pero, al hacerlo así, no agrava la mole insigne que soporta; sino que, al contrario, le infunde nuevo vigor y nueva savia. Tal es el símbolo nacido de la creación genial de un escultor moderno. La esposa apoya su brazo sobre el hombro del esposo: así entran confiados en una mansión donde reina el dolor, tan incontrastable, que pareciera la mansión de los vivos. Entran confiados y, aunque el propósito escultórico requiere que se les vea de espalda y alejándose en imagen inaprensible y desvaneciente de símbolo, el ojo que sabe catar y visionar, ya les ha visto de vuelta y de cara, cogidos de la mano a través

del dolor de la vida y de la muerte y con el gesto de un imperturbable sosiego.

Hoy venís, Señor, —en el filo del camino mediado de la vida— y os asiste al lado la mujer fuerte, corroborada a un tiempo por la maternidad y la belleza. De cara al mundo tiene los ojos la mujer fuerte. Y Vos, que miráis en ella y donde ella, también dais la cara al mundo. La leyenda se ha desvanecido en las huientes sombras del crepúsculo. Un sentido realista sazona vuestra madurez: una esposa lo halaga y lo matiza ricamente, y la excelsa pareja despeja el camino cada vez más claro y seguro de la patria.

En el ya largo curso de mi vida profesional, no he sentido un momento de mayor emoción que el presente en que embargan mi ánimo, a la par que el honor de elevar mi voz ante VV. MM., el de haberse encomendado a la humildad de mi ingenio tan elevada misión como la de hacer la apología de Teresa de Jesús, cuyos notorios merecimientos literarios ha querido enaltecer este Claustro, honrando la gloriosa memoria de la Santa, y a la vez los anales de la vieja Escuela, con un doctoramiento *honoris causa*.

En otras circunstancias yo hubiera procurado vencer el natural encogimiento del espíritu apelando a aquellos fervorines del entendimiento y de la retentiva que sacan a luz, del fondo de enseñanzas y recuerdos, el caudal de las más remotas ideas y de los más recónditos sentires, elevando sobre ellos el edificio del discurso; pero aun esta apelación me es ahora negada; porque, sobre las potencias del ánimo, gravita aquella emoción extraordinaria, con tal intensidad, que no deja lugar al entendimiento para que teja serenamente su capullo, ni a la memoria para que avive y saque a flor sus recuerdos, invadiendo mi sér en forma que le incapacita y anula para todo lo que no sea reconocer su oscuridad, su insignificancia y su pequeñez; que tanto más resaltan cuanto más encumbrado es el honor de dirigir mi torpe palabra no menos que a los Reyes de España asistidos de la más alta representación de su Gobierno y rodeados del más esclarecido concurso. . ¡y hacerlo en nombre de esta madre gloriosa de la ciencia española!

Sólo del auxilio del cielo, que impetrará para mí aquella admirable criatura de Dios, a quien queremos honrar en esta solemnidad, y de vuestra benevolencia, Señor, espero alientos e

inspiraciones para realizar, en un supremo esfuerzo, la obra apològética que me ha sido encomendada, ordenando, en breves palabras y del modo sintético que reclama la alteza del asunto, aquellas excelencias y méritos relevantes que ha tenido en acuerdo la Universidad de Salamanca para discernir, *nemine discrepante* el grado de doctor a la mujer a quien el actual Pontífice, en documento de este mismo año, llama *maestra de altísima contemplación*, a Teresa de Cepeda y Ahumada, honor de la patria y de las letras españolas, gloria del Carmelo, Santa de la Iglesia Universal.

Sobre todas las suposiciones acerca del doctoramiento de Teresa de Jesús, a que no hemos de hacer otra alusión, resalta un hecho patente y secular que ha de tener algún fundamento, más o menos sólido, alguna explicación, algo que lo justifique y esclarezca: las imágenes más veneradas de la Santa, y multitud de pinturas y estampas, la representan como doctora, tocada con birrete y borla blanca, con el anillo al dedo, la pluma en la diestra, en actitud de escuchar las inspiraciones de la divina paloma posada en su hombro, y de trasladarlas al libro abierto que descansa sobre la otra mano.

Nadie que haya frecuentado el culto de Sta. Teresa, escuchando sus panegíricos y los himnos en loor suyo, podrá concebirla sin aquellos atributos que tan bien cuadran a la idea que tenemos formada de su genio, de su saber, de las inspiraciones que recibía de lo alto, de las peregrinas aventuras de su vida andariega, tan castizamente relatadas en el libro de sus Fundaciones, de la sublimidad mística de sus moradas y castillos interiores, de la prodigiosa labor de sus empresas, y de la asistencia constante del divino espíritu en todas sus obras y palabras.

No se borrará jamás de mi memoria el recuerdo infantil de aquellos cultos carmelitanos: la mística Doctora, sobre las andas, aparecía radiante de belleza, a la puerta del humilde monasterio salmantino, en un atardecer de Octubre; había (y hay, porque aún continúan celebrándose) hay en el ambiente un aroma de dulce melancolía, la brisa otoñal lleva hasta la imagen las hojas amarillentas que arranca de los frondosos álamos del paseo, las campanas dan al aire su clave coral, la misma con que llaman a las humildes hijas de Teresa a vísperas y maitines y el infantil cortejo, como la romería estudiantil del pasado centenario, contesta a las estrofas de los salmistas, con el estri-

billo que, en fuerza de reiterarse perpetuamente, constituye, en la música y en la letra, una verdadera obsesión de los oídos:

“A tí, a tí
Venimos a honrar.
A tí, a tí,
Doctora inmortal,,.

¡Doctora, dicen el pueblo y la estudiantina!, como tal ha sido reconocida siempre, y ni la Iglesia ni la Universidad han puesto coto ni reparo a esa atribución que muchos reputaron que se refería a la más encumbrada posición respecto de la doctrina católica; pero que, cuando menos, significa la más elevada jerarquía de la ciencia española.

A esa calificación popular, tan insistente, del doctorado teresiano, hemos de añadir otra muy semejante o acaso más hiperbólica, y, no anónima como aquélla, sino salida de la efusión y entusiasmo de un admirador de la Santa, no menos que de Clemente XIV, Pontífice romano. Dice así, en una carta privada dirigida a una monja carmelita y fechada en Roma a 19 de Julio de 1749: “*Es (Santa Teresa) un padre de la iglesia con sus luces y con sus escritos... siempre con Dios para oírle, siempre con los fieles para instruirlos... Consulte pues, V. a Santa Teresa y no a Fray Ganganelli,,*... es decir, al propio Papa. Si, pues, un Pontífice, aunque sea en carta privada y con cierto énfasis sazonado por las efusiones de su corazón, llama a la Santa *padre de la Iglesia* ¡qué tiene de extraño que el pueblo la cante doctora y la pinte y esculpa como tal, y que este dictado sea acogido universalmente, no ya por las masas populares, sino también en los medios intelectuales, a los cuales, acaso sirva su profesión y cultura para más encumbrar la grandeza de Teresa!

Pero casi me arrepiento de esta referencia a los medios intelectuales, aun con motivo de un doctoramiento universitario. Volvamos al pueblo que es el que suscita todo nuestro interés y el que enciende nuestros amores. Después de todo, el medio de la cultura española, en que aún nos movemos, sigue siendo predominantemente popular, con un popularismo que, aunque dentro de una evolución forzosa, es prenuncio de otra fase más elevada de la cultura y de una dilatación de la conciencia, im-

pera y subsiste definido por sus más genuínas características. El pueblo, a quien invocamos, fuente y origen hasta ahora de toda vitalidad espiritual hispánica, ha exornado a una planta con un símbolo teresiano, que dice a la escritora, proveyendo al propio tiempo a la Santa, como los antiguos a sus deidades, de un atributo vegetal. Llama el pueblo *pluma de Santa Teresa* a una hoja aromática, plumiforme, muy cultivada en los jardines de Castilla.

Hay, pues, Señor, en tales hechos, especialmente en el que caracteriza y estiliza la representación imaginera, y en el epíteto de *mística doctora*, casi manido de puro usado y aplicado, razón bastante, o al menos indicio suficiente para colegir que no van descaminados los que aseveran, con más o menos antecedentes a la vista, que este claustro pudo otorgar un día los honores doctorales a la insigne avilesa; pero digo antes que no insistiré en la alusión a ese real o supuesto doctoramiento, porque estimo que, al prestigio de esta docta corporación, interesa, más que la ratificación de un acontecimiento histórico, dar a la historia una página gloriosa y sin precedentes; que no los trajo a colación la ilustre ponencia, ni tuvo que hacerlos revivir el claustro para acordar el honor y discernir el título a la Santa.

Y ese título, Señor, aparte de los merecimientos literarios de que hablaré después y de las copiosas razones aducidas por dicha ponencia, cuadra a Teresa de Cepeda, porque tuvo en su espíritu y se destilan en sus obras esencias que la elevan y dan lugar preferente en la aristocracia formada por los genios de la raza.

La más notoria cualidad de nuestro pueblo, aquella de que, en más o en menos, participamos todos los nacidos en suelo español y que culmina en esos genios, es cierta inquietud espiritual, cierto constante desasosiego del ánimo, un vivo e inefable anhelo de lanzarnos a trances sobrehumanos, un impulso hacia el ideal que nos hace olvidar de todo lo terreno, una avasalladora pasión por todo lo grande que nos arrastra en pos de lo desconocido, un ansia infinita, mezcla de amor y de esperanza, que declara a maravilla esta peregrina frase de la Santa: "las personas que veo tímidas parece que me congojan, no porque yo sea para nada, sino porque me parece que Dios ayuda a los que, por El, se ponen a mucho,„.

Tan claro juicio, Señor, como el que expresan las anteriores

palabras, cifra y compendia el temperamento de nuestra raza y refleja el ánimo encendido en el fuego del ideal de todos los que la dieron relieve en la historia, de los que en Oriente y en Occidente realizaron tan grandes hazañas, de los que conquistaron para España el mundo de espíritu y el imperio de la tierra... Tales palabras de la Santa, que la elevan al nivel de los que por Dios *se pusieron a mucho* y realizaron increíbles empresas, me animan y confortan también para seguir en esta labor apolegética tan superior a mis menguadas fuerzas.

No en balde he acudido, por primera vez, al inextinto raudal de las enseñanzas que se desprenden, como frutos maduros y sazonados, de la vida y obras de la Santa. Hay en ella, como en el Cid, en Iñigo de Loyola, en Hernán Cortés, en Isabel la Católica (y cito en montón y sin orden entre lo más granado de la estirpe), un instinto aventurero, una tendencia andariega, un ansia migratoria, un anhelo místico de que Cervantes, también andariego y dado a la aventura, hizo símbolo palpable en "Don Quijote,,.

Nos asombra la rara acometividad del hidalgo manchego, nos maravillan aquellos sus sueños y esperanzas, nos causa risa a los más—¡sólo el divino Heine llora con él!—la desproporción entre los cortos medios y los altos fines que se proponía realizar aquel loco famoso, y no reparamos en que esa desproporción es ley general de nuestra idiosincrasia, y en que fueron aún más desmedidas, y por encima de lo humano, las empresas de cualquiera de nuestros héroes, incluyendo, claro está, las de Teresa de Jesús, audaz develadora de un mundo espiritual. Sólo estriba, Señor, la diferencia en el éxito feliz de que fueron éstas en su mayor parte coronadas; pero no en el ímpetu y la vocación con que fueron aquéllas, y las de otros muchos quijotes, perseguidas; y no es razón, para el ridículo a que el vulgo condena a las últimas, el que, por razones superiores a la humana voluntad, fuesen malogradas.

El caso de la Santa, sin duda por gracia divina, es el más notorio de todos los ejemplos y dechados de ese quijotismo racial—ora triunfante y glorioso, ora marchito y fracasado.

En su infancia, Teresa concierta, con uno de sus hermanos, ir a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios "para que, allá los descabecen,,; más adelante se aficiona, como el héroe cervantesco, a los libros de caballerías y llega, como él, a punto

de gastar "muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio," a escondidas de su padre, siendo "tan en extremo lo que en esto se embebía, que si no tenía libro nuevo, no le parecía tenía contento,".

De pronto recapacita como Alonso Quijano el Bueno, se arrepiente de aquella inclinación y, con admirable voluntad, endereza sus pasos por otro camino que, poco a poco, se va estrechando y haciéndose más difícil y penoso; pero, así como Alonso Quijano compensaba la renuncia de la caballería con una afirmación que dejaba flotante: —la de su bondad— así Teresa de Jesús, al desasirse del mundo y sus criaturas, casi en su niñez, fomentó una compensación afirmativa que la acompañó hasta la muerte: el amor al esposo y la acción ilimitada y heroica que de ese amor sepudiera seguir. Tan noble y encendido afecto la muestra, a lo lejos de aquel espinoso camino, resplandores celestiales, milagrosas apariciones rodeadas de nimbos de luz, rompimientos de gloria, en cuyo fondo el verbo increado va tomando forma humana, transverberaciones del corazón henchido de gloria... Así llega a aquellos éxtasis y arrobamientos que dejan "uno, dos y tres días tan absortas las potencias, o como embebecidas, que no parece que anda en sí,".

No pára Teresa en estos deliquios y místicos arrobos, sino que, arrastrada por el espíritu andariego de la raza, por el mismo espíritu que lanzó a Don Quijote a las llanuras de la Mancha, surge, de aquéllos, el ardor que la lleva por las sendas polvorientas de Castilla y Andalucía, seguida de los hermanos y hermanas de la Orden, en pos de la gran reforma carmelitana. Es éste, acaso, el más admirable período de su vida, el de sus fundaciones, el de la plenitud de aquel espíritu que al mismo tiempo que se entrega a la acción y a los negocios, y sin que esto empiece a otra derivación contemplativa, se abraza en divino amor, y logra al fin, después de largas maceraciones, alas de paloma alzándose glorioso "sobre todo lo criado y de sí mismo primero, en vuelo suave, en vuelo deleitoso, en vuelo sin ruido,".

Sin duda alguna, en esta jornada de su larga historia, se nos muestra la Santa en toda la alteza de sus merecimientos, cuando su inteligencia, inspirada por el soplo del Amado, alumbrada, como luz en fanal, todas las recónditas estancias de su espíritu, cuando su pluma describe, con prodigiosa sencillez, las moradas o castillos interiores, cuando con insólita clarividencia, nos ele-

va. a través de los grados de la escala mística, hasta aquella encumbrada esfera en que el alma se mece en las vibraciones de lo increado, "mirando a lo de abajo como quien está en salvo... como a quien por cierta manera se le da allí seguridad de la victoria".

De esta admirable florescencia de aquel alma cándida, iluminada con resplandores divinos, data, en la literatura y en la mística española, un florecimiento castizo y limpio de extraña semilla que basta y sobra, unido a las excelencias raciales de que hemos hecho mérito, para justificar plenamente el honor que hoy consagramos a la excelsa memoria de la Santa.

Entre la primera y la última de sus obras—la Vida y las Fundaciones—no hay solución de continuidad. Se enlazan y sueldan tan estrechamente, que el segundo de estos libros se puede decir que entra dentro del primero, y la primera de las Fundaciones, la de San José de Avila, llena los capítulos postreros de la Vida, quedando como el paradigma de todas las restantes. Forman, ambas obras, dos partes de una sola cumplida y vital que se fragmenta en dos mitades, a la manera de otros ilustres ejemplos, para mostrar dos aspectos que explican y abrazan un solo y grandioso contenido humano. La unidad preside el conjunto y representa una fuerza que, polarizada en contemplación y acción, encauza dos direcciones del espíritu de Teresa y florece en doble explosión artística: en la Vida, que su autora llamaba "Historia de mi Alma", y en las Fundaciones, fruto sazonado de su vejez, en el cual se deleitaba como "cosa muy sabrosa", que había también de deleitar a los lectores.

Fenómeno similar ocurre en la obra de Cervantes. La primera parte, contiene el origen y proceso del espíritu de Don Quijote y la descripción psicológica de sus visiones. Allí se relata la primera salida y la primera gran aventura, la de los molinos de viento, paradigma de todas las demás. En la primera parte, está el esquema puro de la personalidad y de la figura de Don Quijote en contacto directo con la naturaleza y la población dispersa. La segunda parte es la obra de la vejez de Cervantes. Aquel esquema del entusiasmo puro de la acción y del éxtasis, ha ido deformándose a los golpes continuos de una acción ingrata y obstinada, y al contacto del palacio y de la ciudad. El final no tiene más remedio que ser una renuncia definitiva, en el lecho de muerte, del carácter primitivo, y un desvanecimiento de los

primeros contornos. Y también Cervantes considera esta parte como la más sabrosa y, como tal, la entrega al deleite de los lectores.

Santa Teresa nos analiza, en la *Vida*, la génesis y el proceso psicológico de su oración y el desarrollo de sus visiones, nos hace el retrato de su cuerpo y de su alma, el escrutinio de sus libros, la provocación de su divina locura y los progresos de ésta. Y así, prosiguiendo, llega naturalmente a un momento crítico y solemne: al tránsito de la contemplación a la acción. Y una vez pasado, sin fatiga, nos relata su primera salida y fundación, y su primera gran aventura, no menos que contra todo el pueblo de Avila, como desafiado en concejo; que tal nombre, por donaire, se puede dar a aquel mostrarse parte el Ayuntamiento y regidores de la ciudad, y aquel incoar un pleito contra el primer monasterio de descalzas.

Acusará más la semejanza y justificará más el paralelo que estamos persiguiendo entre dos obras capitales hispánicas, una observación sobre el tratamiento de la locura en ambas.

Cervantes tira a hacer resaltar la locura de su héroe, en conflicto con el mundo. Teresa, al contrario, anota irónica y finalmente la locura de sus conciudadanos, que armaron aquel ruido, acudiendo al Rey contra la iniciativa callada de media docena de pobrecitas monjas, que pretendían recogerse sin molestar a nadie ni ser vistas. Ahora bien: el fenómeno o, mejor, la ley de la locura en ambos sistemas, el Cervantino y el Teresiano, es el mismo, y su descripción es independiente de la referencia a Don Quijote o a su mundo, a Teresa o al suyo.

Sazonada en el tiempo la contemplación de Teresa, la desparramó en el espacio, ocupado por hombres, en forma de acción, y transformó aquella unidad panteológica de su ser, a cuya conciencia había llegado, en unidad de acción, por la cual pretendía conquistar a todos los hombres a las alabanzas de su Señor.

“Entonces—dice H. Delacroix: *La certitude mystique*—el ligamen de la contemplación confusa y de la moción divina; entonces el misticismo conquistador. El místico se hace un actuante absoluto, se apropia el sér y la potencia divina, y arrastra, en una vida toda acción, su naturaleza contemplativa”. O como dice más concisamente Andler (*Les precurseurs de Nietzsche*): “Los grandes sistemas donde se afirma la unidad del sér, expre-

san un estado lírico del alma que quiere llenar el universo de su propia plenitud extática,,.

Este tránsito—que es uno de los momentos más interesantes de toda Teresa—se delata y describe, como en el comienzo del Quijote, en el final de la *Vida*, y con él se cierra el libro, dejando al lector embargado, no por la impresión de una clausura solemne, sino por la presunción y sospecha de un fenómeno extraño y prodigioso, el cual, rozando sus ojos, apenas si se ha dejado pecar.

En el libro de las *Fundaciones* ya hallamos a Teresa entregada de lleno a la acción, con todo el dolor ilimitado que supone el trato con los hombres. Y, sin embargo, este libro no deja una impresión dolorida. La Santa hace que cruce, por todo él, una ráfaga de ironía e indulgencia y también de optimismo y de entusiasmo; todo a cargo de ella, que es el sujeto de la escritura y de la acción. Esto mismo se encuentra, fragmentado, en la segunda parte del *Quijote*: el optimismo y el entusiasmo están a cargo del héroe y con un proceso de declinación: la ironía y la indulgencia a cargo del autor. En lo que divergen, ambas obras, es en el final. Don Quijote muere en la cama, renunciando. Santa Teresa morirá en el camino, como parece que quieren revelar las últimas páginas de las *Fundaciones*: morirá afirmando su acción y otorgando los desposorios eternos con el Amado. Pero, aun junto a esta divergencia, podemos postular un paralelismo perseguido hasta el final y coronado en ambas obras por una afirmación; me refiero a la afirmación postrimera de Alonso Quijano el Bueno, la de la bondad, ya mencionada, en la cual queda subsumida la negación y renuncia de la caballería.

Tal obra y tal como se nos presenta—la *Vida* y las *Fundaciones*—constituye un extraordinario producto, genuino de la literatura española y único en el mundo. Jamás salió criatura femenina al abrigo del sol para hacer tales cosas en su interior y en su mundo, y para contarlas de manera tan original; ni hasta entonces jamás una mujer, acaudillando a otras varias y consciente de su feminidad, se había lanzado por su cuenta a decir una palabra y a alzar el dedo en medio de las contiendas de los hombres.

No quiero añadir más de mi cuenta, en elogio de la labor literaria de la Santa. Uno solo Señor, de sus muchos panegiristas, el maestro fray Luis de León, gloria de esta Escuela, con

uno solo de los encarecimientos que hace de Teresa de Cepeda, bastaría para inclinar al claustro a conceder el honor que estamos celebrando.

“Y no es menos clara, dice el insigne escritor, ni menos milagrosa la segunda imagen, que dije, que son las escrituras y libros, en los cuales, sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo, que la Santa Madre Teresa fuera un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y calidad en que las trata, excede a muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafiada, que deleita en extremo, dudo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo y en muchas partes de ello me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que la regía la pluma, y la mano; que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee,,.

Y, más adelante, añade el ilustre maestro, protestando indignado contra los que alteraron el texto de los escritos de la Santa, y nótese la comprensión del texto, tan plena y tan fina, que está impregnada de sentido moderno:

“Que hacer mudanzas en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Santa Madre es la misma elegancia,,.

Después de esta apelación al más grande de los humanistas de esta Escuela y de sus paladinas manifestaciones, que acabo de leer, sería, antes que imprudencia osadía, el que yo añadiría una palabra respecto de los antecedentes literarios de nuestro excelso graduando; porque, al cabo de lo dicho, no habrá en este claustro, ni en ningún otro gremio universitario, quien se crea capaz de tales obras, ni se sienta más digno de tales encomios, ni pueda ceñir a su frente, con mayor decoro, la borla doctoral. Por eso no hemos dudado, Señor, en otorgar a la Santa un lugar preeminente en nuestro claustro. Y no sólo lo ocupará por tan altos merecimientos, sino, aun más que por ellos, porque, en el desenvolvimiento normal de la cultura, la mística,



y la ascética, preceden a toda elucubración racional y, ese escalón preciso para el progreso de la ciencia, sin el cual no lograríamos alcanzar la elevada esfera de los principios universales, lo labró a maravilla nuestra Doctora; y bueno fuera que, como en los países clásicos de la mística y la filosofía, la obra de Teresa diese también acceso al advenimiento de una filosofía con matices nacionales.

Y, deplorando de todo corazón, Señor, el tiempo que he abusado de vuestra benevolencia, doy fin a este alegato de bien probado, rogando a V. M. que fije su atención en el uso que de sus preeminencias autonómicas hizo esta Escuela. El nuevo Estatuto, la confirió facultad para doctorar *honoris causa* y, en el breve tiempo que estuvo vigente, no hizo colación de otro grado que el que afirmó sobre las sienes de Teresa de Jesús la borla, que, desde tiempo inmemorial, venía siendo gala de sus imágenes.

Que este honor póstumo que recibe la Santa, sea correspondido por ella (antes que con aquella dulce ironía que brotaba de su alma al contacto con las honras humanas), impetrando del Altísimo que derrame sus gracias sobre VV. MM. y Real familia, sobre la madre patria, sobre el Gobierno de la nación tan honrosamente representado en esta fiesta, sobre nuestros ejércitos en guerra y sobre esta *alma mater* que, constantemente olvidada del poder público, vive aún de su propia savia que nutrió secularmente la ciencia española.

De V. M., noblemente inspirado por la insigne doctora de este claustro, Teresa de Jesús, y con el consejo del ilustre estadista que le acompaña en esta solemnidad, espera la Escuela Salmantina y el Rector que inmerecidamente la preside, que le sean devueltas la personalidad y la hacienda que un día le fueron cruelmente arrebatadas.

Señor, a los RR. pies de V. M.

He dicho.

APÉNDICES

I

Como ilustración interesante al supuesto doctoramiento universitario de Santa Teresa, publicamos aquí una nota tomada de un libro antiguo, con tanto más placer porque, corroborando

nuestra tesis, manifiesta confundidos matices académicos y populares, y dejando que sea acaso el sabor académico y renaciente el que domine.

En la "Relación de las fiestas de la ciudad de Salamanca, en la Beatificación de la Santa Madre Teresa de Jesús, por D. Fernando Manrique de Lusán,, Salamanca 1614,¹ se dice que el pueblo, que siendo algo "algarazoso,, y en tal época, estaría engrosado por una masa estudiantil, gritaba:

"*Victor la Santa Teresa de Jesús, victor, victor:* Como los floridos ingenios de esta Universidad suelen victorear algarazosamente a sus *grandes Maestros*, llevándoles coronados por las calles con guirnaldas de flores y palmas en sus manos, festejando la victoria alcanzada de sus competidores,,

II

Miguel de Molinos en el cap. XI, libro I de la Guía Espiritual (Roma, 1675) llama a Santa Teresa "aquella gran Doctora y mística Maestra,,.

También la aceptación general del Doctorado de Teresa, rebasó los límites de la península. De especial interés, a este respecto, es la frase anterior de Molinos, que escribía en un ambiente romano de fines del siglo XVII. Su obra, además, uno de los libros más leídos de su tiempo, y traducido a todos los idiomas de Europa, pudo ser vehículo para generalizar una calificación en su origen popular, local y legendaria.

III

Sabia Doctora, del mundo luz
Danos un rayo de tu virtud
Para que amemos tormento y Cruz
Que esta es la senda del buen Jesús.

La cuarteta anterior es el estribillo de los versos que, desde tiempo inmemorial, se cantan a Santa Teresa durante el novenario de su fiesta, por las Madres Carmelitas de Salamanca.

¹ Véase BASÍLICA TERESIANA, artículo de D. Amalio Huarte.